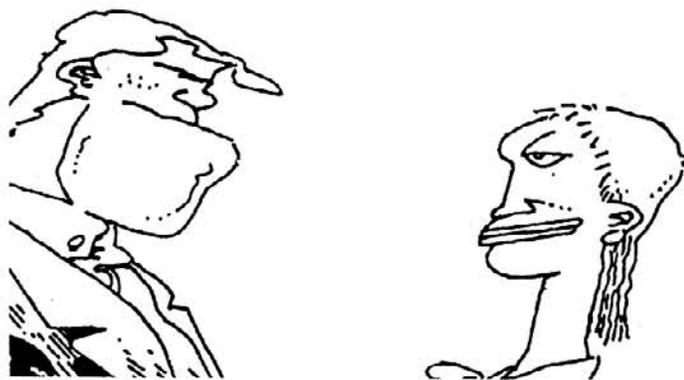


A PROPOSITO DE LAS MUJERES Y EL TRABAJO

Algunas personas de la comunidad universitaria del ITESO aceptaron la petición de escribir sus reflexiones acerca de la mujer y su relación con el trabajo productivo y remunerado. Hay quienes se refieren a la participación de las mujeres en la universidad, alguien que expresa su propia situación y quienes sugieren alguna línea de estudio. Estos son sus comentarios.

MIGUEL BAZDRESCH



Transcripción de un diálogo de Fontanarrosa

- *¿Por qué piensas que es así, Boogie?*
- * *Es un problema de educación, Lisa. Las mujeres de tu generación han sido educadas sólo para el matrimonio. Conseguir buenos maridos que las mantuvieran parecía ser el único fin de sus existencias. . . Saber cocinar, limpiar la casa y criar a los niños eran las únicas actividades a las que aspiraban cumplimentar con éxito. Pero ahora las cosas han cambiado. Las mujeres procuran conseguir la independencia económica. Para eso deben estudiar. Y salen a competir con el hombre en un plano de igualdad.*

- *Oh, Boogie. . . ¡Me asombras! ¡Te desconozco! Sabiendo cómo eres, pensé que me dirías que las mujeres no conseguimos ciertos trabajos porque somos ignorantes, estúpidas, incapaces. . .*
- * *Es todo una cuestión cultural, Lisa. Incluso en la relación de pareja. Antes, la infidelidad en el hombre era contemplada como cosa normal. Pero si era la mujer la que. . .*
(en off): . PAF
 . PAFTR
 . ¡Toma, zorra! ¡Toma!
 . ¡Están golpeando a una mujer!
 . PAF
- * *¡Oh, boy. . .!*
 . ZOK
 . PAF, PAF, TOO, AY. . .
- *Boogie. . . ¡Qué atroz! ¡Yo pensé que detendrías a ese monstruo! ¡Y en cambio te uniste a la paliza!*
- * *Es que no pude contenerme, Lisa. Me contagian las situaciones así propicias. Se me van las manos.*
- *Pero. . . ¿y lo que me dijiste antes? Te escuché hablar y. . . pensé. . . que tenías nuevas ideas.*
- * *Son cosas que he escuchado, Lisa. Un proverbio chino dice: "Tú no puedes evitar que los pájaros revoloteen alrededor de tu cabeza. Pero sí puedes evitar que aniden en ella".*

Cuenta de conciencia

Me pareció encontrar tres características en ese diálogo: Resume en pocas palabras los lugares comunes a propósito del tema de la mujer. Ilustra cómo se dicen cosas que no se hacen, ni se piensan en el fondo, a propósito de la mujer. Por último, en breve, muestra la dificultad de hablar del binomio mujer y trabajo, cuando los "pájaros no han anidado en tu cabeza" y, sobre todo, añadido, en tu espíritu.

Tres pájaros revoloteando (en busca de nido)

1. La mujer siempre ha trabajado. En el mundo en general y en la universidad en particular, una vez que tuvo acceso a ella. El conflicto está y ha estado, en reconocer la dignidad y el valor social de ese trabajo; en darle el mismo significado que al trabajo masculino.

Es imposible negar la determinación biológica que impone a la mujer la concepción y la crianza. La ciencia y la epísteme actual impiden pensar aún en modos concretos de liberar a la

corporarse al trabajo extramuros que, indudablemente, la hará más plenamente humana. La universidad, por su quehacer, es un campo fértil para el trabajo femenino.

Espero que estos "pájaros" —ojalá diferentes de aquellos de Boogie— encuentren nido en el espíritu de los(las) amables lectores(as).



RODRIGO DIEZ DE SOLLANO

Durante siglos fue común que la mujer mexicana encontrara sentido a su vida en el amor y/o el sufrimiento más que en el trabajo y la creatividad, pero esto está cambiando, las circunstancias económico-sociales de México han colaborado ampliamente a que las mujeres de clase media y alta que habitan en ciudades se incorporen al trabajo fuera de su casa, al mercado de trabajo, que en tiempos pasados fue un campo casi totalmente masculino.

Esta participación de las mujeres en el trabajo asalariado o profesional ha tenido diversos impactos tanto en las empresas como en sus ejecutivos y en los propios compañeros de trabajo de las mujeres. En estas reflexiones pretendo analizar algunos

de los resultados de la entrada de las mujeres mexicanas al mercado de trabajo, tomando como punto de partida la observación de la realidad de diversas empresas en donde me ha tocado verlas trabajando.

Hace días ví un letrero en relación a las mujeres que tienen un empleo o trabajo profesional: *una mujer profesional debe verse como una dama, actuar como un hombre y trabajar como un esclavo.* Tal vez suene un poco exagerado pero observando de cerca los hechos podríamos corroborar en buena parte esa leyenda.

Si leemos los anuncios de los periódicos donde se solicitan "damas" para tal o cual empleo, podemos descubrir que el clásico requisito de "buena presentación" está redactado de tal forma que implica una "presencia de dama", mientras que los anuncios que solicitan caballeros simplemente mencionan la buena presentación o de plano no la hacen notar.

Una vez aceptada en el empleo deberá trabajar, como mínimo, a la altura de sus compañeros varones pues ellos la "probarán" para verificar que merece estar al mismo nivel que ellos.

Si tiene subordinados hombres la prueba será más sutil pero no menos efectiva lo que sugiere una actitud que se traduciría en "vamos a ver si estás ahí porque vales o sólo por tu linda cara. . ."

En otro orden de cosas, como jefe de diversas empleadas he podido detectar diversas actitudes tales como:

- a) Menor seguridad en sí mismas que en los hombres trabajando en el mismo puesto, aún cuando su capacidad profesional sea igual o superior a la de sus compañeros.
- b) Menores deseos de tomar riesgos que los hombres, por ejemplo tomar o dejar un nuevo puesto de mayor responsabilidad.
- c) Mayor estabilidad en el trabajo en las mujeres casadas que en las solteras. En general la actitud de las solteras ha sido "trabajo mientras me caso" aunque en los últimos tiempos cada vez se da más la actitud de "hacer carrera en el trabajo".
- d) En algunos casos muy contados un fuerte espíritu competitivo, como con el ánimo de demostrar que "las mujeres son tan buenas o mejores que los hombres para este trabajo".

La actitud más generalizada que he observado en las mujeres es una mayor tendencia a la colaboración que a la competencia (caso contrario en los varones).

Por otra parte resulta interesante estudiar algunos otros datos y correlacionarlos con los anteriores:



Desde hace algún tiempo creo en la necesidad de que se desarrolle una antropología filosófica femenina, pues como dice Julián Marías, se cae muy a menudo en dos errores, o bien se piensa en una condición femenina que no sería estrictamente humana, una feminidad deshumanizada, o bien —cuando se insiste en la condición humana de la mujer, cuando se piensa que la mujer es también “hombre”— se reduce la mujer a lo humano sin más, y a lo sumo se supone que es lo humano con una diferencia. Parece más bien que se debería pensar en la humanidad que está feminamente en la mujer, pues toda mujer es humana pero también toda mujer es femenina. Ser mujer afecta íntegramente a la condición humana, no hay nada en lo humano que sea simplemente humano, indiferenciado, neutro.

Estas breves reflexiones pueden señalar un camino: la construcción de una filosofía, una manera de ver la vida humana, femenina. No podemos seguir ya pensando en que lo que han dicho los hombres sobre el ser humano es toda la verdad sobre éste, y creo que las mujeres todavía pueden decir mucho acerca de la condición humana.

La teología, para los que creemos en ella como una forma de conocimiento, ha sido desarrollada casi exclusivamente por hombres, tenemos la idea de un Dios masculino y que actúa como los hombres. Pensar en femenino a Dios —ya hizo un intento Leonardo Boff— quizá nos ayudaría a vivir una experiencia religiosa más libre y más imaginativa.

La mujer entiende el mundo y lo transforma cuando conserva valores que los hombres cambian por el riesgo, quizá una ética construida por mujeres nos ayudaría en la búsqueda de la paz y la justicia que el mundo tanto necesita.

La mujer universitaria también podría, eso creo, indicarnos nuevas maneras de acercarnos al conocimiento científico, quizá más intuitivas y, por tan-

to, más cercanas a los deseos humanos por acrecentar la vida.

No sé si todo esto es cierto, o si sólo son deseos sin sustento, pero creo que podríamos juntos, hombres y mujeres, con nuestro ser el uno para el otro —o, mejor, el uno hacia el otro— acrecentar la vida y el conocimiento, hasta convertir nuestro planeta en un mundo humano.

MARIA DE LA PAZ SILVA

*Una mujer sin un hombre
es como un pez sin bicicleta
(lema feminista de los años setenta)*

El tono en el que las mujeres hemos hablado de nosotras mismas a lo largo de la historia ha pasado por todos los matices posibles, y desde luego por el silencio sumiso, que es otra manera de hablar. Hablar sobre las mujeres ha llegado incluso a ser una práctica especializada como lo demuestra la proliferación de instituciones tribunas dedicadas a “asuntos de mujeres”, en las que el personal está compuesto casi exclusivamente por mujeres, a excepción de algunos “compañeros” empleados para algún trabajo menor.

Por supuesto que los hombres hablan de nosotras, pero desde su visión machista que sólo les permite vernos como madrecitas, novias adoradas, hijitas desvalidas, y en el peor —o mejor— de los casos, como tentación de todos los pecados. Seducidas, oprimidas o convencidas, habíamos permanecido calladas durante siglos haciéndonos escuchar organizadamente sólo cuando la conquista de algún

xos importantísimos con organizaciones populares y de base que exigían reivindicaciones políticas y sociales amplias. Entre éstas se encontraban las organizaciones de apoyo específico a la mujer, pero había muchas otras que abarcaban problemáticas sociales más amplias. De las primeras recordemos por ejemplo al Centro de Apoyo para Mujeres Violadas, los grupos por la reivindicación y defensa de la homosexualidad femenina como LAMBDA, etc. Entre las segundas, el frente por la Defensa de Presos y Desaparecidos Políticos, etc.

Enfrentar el problema de la mujer como un problema de clase, si bien en principio propició considerablemente la objetivación del tema, terminó por diluir una serie de cuestiones transclasistas que quedaban sin resolver.

Mis contemporáneas (¿coetáneas?) nos enfrentábamos todavía, me parece, a una tercera opción: la búsqueda de soluciones a problemáticas menos generalizadas, o por lo menos no definidas de la misma manera para *todas* las mujeres. La mirada se volcó sobre los espacios de la vida cotidiana: el hogar, la pareja, la maternidad, la política, el trabajo. El discurso sobre la mujer, y particularmente, el discurso de la mujer, encontró aquí su forma más acabada. Asumidas en principio las diferencias entre hombres y mujeres, había entonces que encontrar la índole de ellas. Se reconocen desde luego las diferencias evidentes, las que nos distinguen en géneros; pero para distinguir las otras, se nos presentaba una empresa enorme: había que romper con toda una racionalidad que dicotomiza los rasgos humanos distribuyéndolos en un continuo cuyos polos son femenino-masculino y, que hasta entonces, había servido para determinar el tipo de práctica correspondiente y adecuada a uno y otro sexos.

El panorama se nos ofrecía confuso y polivalente, sobre todo si pensamos que la conciencia acerca de nosotras mismas nos venía en parte, sí, de la autoreflexión, pero además había condiciones externas que no podíamos soslayar. En efecto, queríamos salir a las calles, queríamos trabajar, estudiar, decidir sobre nuestros cuerpos, pero además *teníamos* que hacerlo.

Los modelos de organización social, económica y política implantados como resultado de la guerra, comenzaba a dar muestras de desgaste. El sueño terminaba sin cumplir sus promesas. Había que revitalizar la dinámica social y para ello era más que conveniente, imprescindible, el concurso de sectores más amplios de la sociedad. Para la economía y las estructuras laborales, las mujeres constituíamos fuerza de trabajo tanto o más calificada que la de los hombres, pero sin una tradición de exigencias organizadas y de regulaciones y leyes

formalizadas como conquistas particulares. Ciertamente habían logros reales. Contábamos con espacios anteriormente negados a la mujer; completábamos ciclos escolares aún en áreas antes vetadas hasta entonces para nosotras; se comenzaba a revalorar el trabajo doméstico y hasta lográbamos la colaboración de nuestros compañeros en tareas que antes consideraban indignas; pero todavía restaba mucho por hacer.

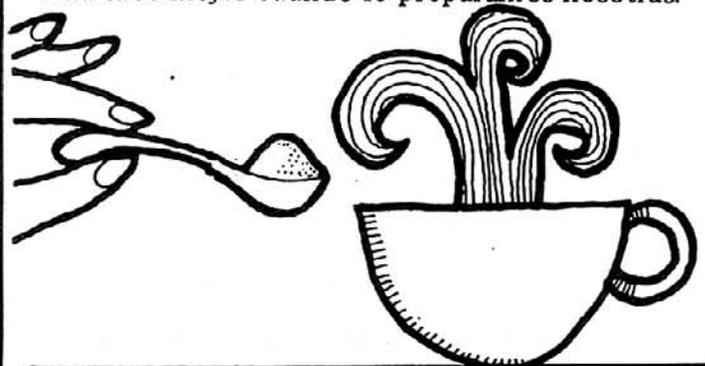
Años después, ya instaladas en los centros de participación social y en los espacios laborales conquistados y para los que ya estábamos capacitadas, encontramos que muchos de los reclamos que se hicieron escuchar entonces aún no habían sido resueltos. Ahora que la minifalda amenaza con volver a estar de moda y que pocas de nosotras nos atreveríamos a llevarla con el desenfado de entonces, nos encontramos mas dueñas de nosotras mismas y con ello más ciertas de las dificultades que se nos oponen. Nuevamente nos enfrentamos a diversas opciones.

Desandar el camino en busca del tiempo perdido, y aceptar gustosamente (o resignadamente) las labores "propias" de nuestro sexo, a cambio de una cotidianeidad que sólo nos exige mantener unidas, contra cualquier amenaza, las piezas del hogar, el amor y la familia, a costa del proyecto personal, pero labrándonos una vejez apacible rodeadas de nietecitos e hijos amantísimos.

Rechazar violentamente esta primera opción y cualquier otra que se le parezca, haciendo honor a los furros con que algunas mujeres de la generación anterior a la nuestra defendieron los derechos de la mujer.

No bajar la guardia y seguir en la lucha, y pasado el tiempo saborear el gusto amargo del triunfo sobre las "diferencias".

Compartir los espacios de vida social y de vida cotidiana con otros hombres y mujeres emprendiendo proyectos comunes, más en la colaboración que en la competencia, desarrollando y demostrando capacidades profesionales sólidas, aunque siempre nos quede la impresión de que el café en la oficina sabe mejor cuando lo preparamos nosotras.

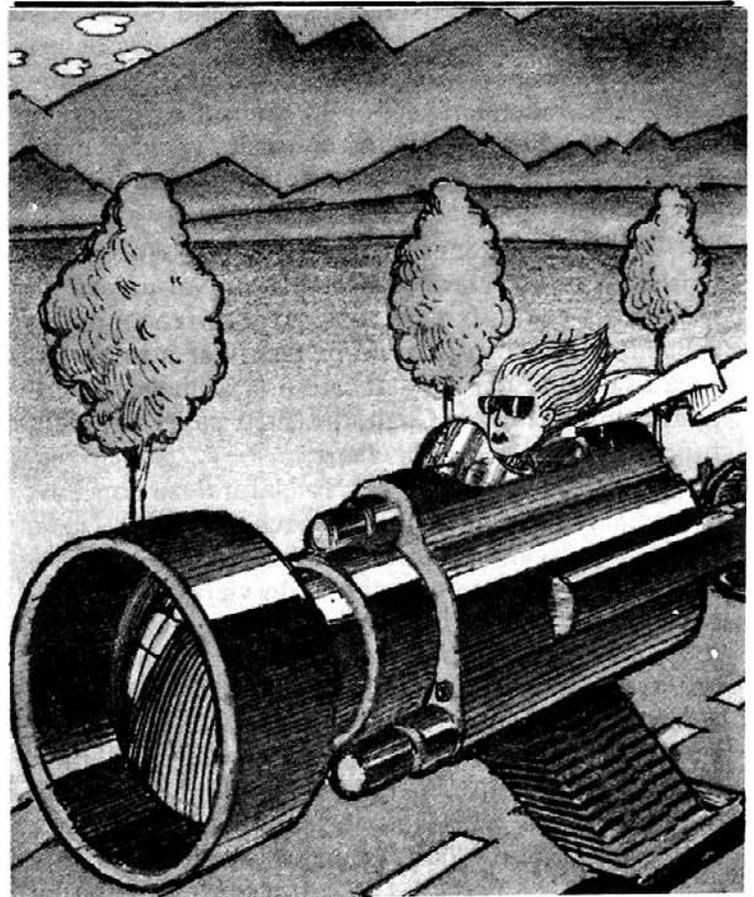


1. El simple hecho de plantear temas de este tipo, de convertir a la mujer en objeto de análisis y discusión y de cuestionar su paso por la universidad, es, por sí mismo, sospechoso de misoginia y de la persistencia de complejos machistas no resueltos.
2. La formación universitaria no tiene por qué evaluarse sólo en términos de productividad económica o de eficacia y trascendencia socio-profesionales. La universidad es ante todo un espacio para el crecimiento personal. La mujer tiene todo el derecho de aspirar a una educación que le permita una mejor posición social y un mejor desenvolvimiento en sus círculos inmediatos de convivencia. Ejercer o no una profesión es una decisión libre de la mujer y nadie tiene por qué pedirle cuentas al respecto.
3. En las actuales circunstancias del país y ante los urgentes problemas de la sociedad, quienes han tenido el privilegio de acceder a la educación superior no pueden desentenderse del compromiso social que este privilegio trae consigo. Renunciar a un ejercicio profesional productivo para dedicarse a las tareas domésticas y familiares constituye para la mujer una forma de traición a sí misma y a la sociedad que hizo posible su formación universitaria.
4. La plena realización de la mujer como madre y esposa no tiene por qué ir en detrimento de sus legítimas aspiraciones de desarrollo profesional. Una mujer inteligente puede conciliar perfectamente estas dos dimensiones de su existencia; para ello es indispensable una adecuada elección de su compañero de vida y una eficiente organización del trabajo doméstico.
5. La inserción de la mujer en las actividades productivas y su realización profesional son importantes, pero no más que el cuidado y la atención de los hijos. Cuando éstos no requieran ya una dedicación exclusiva de la madre, ella podrá disponer con mayor libertad de su tiempo para otro tipo de quehaceres.
6. La mujer de hoy tiene el compromiso moral consigo misma, de liberarse de las ataduras culturales del pasado y conquistar su plena autonomía económica y laboral. La elección de un compañero y la eventual situación de maternidad no deben por ningún motivo obstaculizar su realización profesional.

A modo de conclusión

La irrupción de la mujer en la vida universitaria y su creciente inserción en las estructuras socioprofesionales son hechos sociales necesarios e irrever-

sibles. Tanto una como la otra transcurren, sin embargo, en condiciones particulares y distintas a las que prevalecen para el hombre. No se trata de legitimar, naturalizándolas, estas diferencias, pero ellas existen como realidades objetivas y como interiorización subjetiva. Están ahí, subvirtiendo desde dentro las prácticas educativas y profesionales. No reconocer esta problemática y desentenderse de los sujetos reales, de sus perspectivas y proyectos, de sus afanes y complicidades, de sus claridades y ambigüedades, de su concreción existencial, constituyen un flaco servicio a la mujer, al hombre y a la sociedad.



JUAN PABLO ROSELL

*Del trabajo que le corresponde a cada sexo por ley. . .
natural*

Si hemos de creer en las estadísticas, la distribución de hombres y mujeres en México es más o menos igual que en el resto del mundo: mitad y mitad. Podemos suponer que, como hasta el momento no existe un método seguro y universal para escoger el sexo del futuro crío, esta repartición es natural; como quien dice no contaminada, pura, prístina, ecológicamente aceptable y, eso sí, muy equitativa.

